

CRITICA DE LIBROS

AGUAS DEL OLVIDO, LENGUAJES DEL OLVIDO

Fernando Parra

Fernando González Bernáldez, **Los paisajes del agua: Terminología popular de los humedales**, J.M. Revero, Editor, Madrid, 1992. 257 páginas.

Cada vez resulta más irrelevante —o quizá más interesada— la distinción entre una ecología «científica» y una ecología política (que entre nosotros se ha dado en llamar «ecologismo»). Los intentos de los tecnócratas ambientales por distanciarse de la legión de «legos» o «profanos» interesados —*concerned citizen* o *stakeholder* dirían los anglosajones, «comunidad de afectados», diríamos nosotros y hoy, en vista de la amplitud de los problemas, todos lo somos— se complementan con el desprecio a otras formas de conocimiento que como las culturas tradicionales y campesinas, muy relacionadas con el entorno, no están codificadas según los patrones que únicamente revalidan hoy los científicos.

Por eso, el que un científico español prestigioso, como el recién desaparecido ecólogo Fernando González Bernáldez, intente presentarnos un conjunto de conocimientos empíricos que forman parte de la cultura campesina, es a la vez una aportación científica y un acto político de reivindicación. Que lo haga además centrándose en el tema del agua, el recurso, tal vez, peor entendido por la civilización tecnointindustrial y, desde luego, el más maltratado, tampoco es casual.

En la mayoría de los casos, resulta lógico pensar que el proceso de esa recuperación cultural deba iniciarse por el rescate de su

lenguaje, de un vocabulario lleno de matices y contenidos, puesto que sólo se denomina lo que se discrimina. Así, para un urbanícola «camino» es sinónimo de «trocha», «vereda», «senda», «cañada», «cordel»..., en tanto que para un pastor trashumante cada uno de estos términos tiene una acotación bien distinta.

Afortunadamente, no todos los ecólogos profesionales —fundamentalmente naturalistas— están obsesionados con distanciarse críticamente de los profanos y alborotadores ecologistas; no todos quieren ser esos nuevos «médicos» ambientales para que los demás sólo seamos —la palabra lo dice todo— «pacientes». Pero unos y otros, los que creen que la ecología es sólo asunto de las «Academias» (o las cátedras universitarias) y los que creen que es, evidentemente, asunto de todos, van comprendiendo el tesoro de sabiduría que encierran las culturas campesinas tradicionales.

El mismo Margalef, ecólogo teórico reputado y también uno de los más reticentes con el ecologismo y los movimientos ambientales (y razones tiene, todo hay que decirlo), ha dejado dicho con relación a esas culturas empiristas: «La ecología haría bien en mirar con simpatía la historia humana y las creencias tradicionales. Las maneras de tratar la naturaleza, conocimientos ecológicos adquiridos por selección cultural y transmitidos por tradición, no tienen que ser totalmente incompatibles con la forma de nuestra ciencia» y añade más adelante una justificación en cierto modo obvia o innecesaria: «El conocimiento científico, tipi-

ficado por las ciencias físicas, se desarrolla fundamentalmente sobre la base de fenómenos simples y experimentos que se pueden repetir fácilmente. Pero la naturaleza viviente es demasiado complicada para sugerir experimentos que, a la vez, sean sencillos y profundamente significativos. Los conocimientos acerca del funcionamiento de la naturaleza, que eran importantes para subsistir, resistían un análisis en sus diversos elementos, y, al hacerse conscientes, se incorporaron a la tradición, a la magia y a la religión. O por lo menos, de esta manera, se proporcionaba cierta racionalización satisfactoria a las formas de actuar, *formas de actuar que tuvieron que ser apropiadas si apelamos al testimonio de la supervivencia** **. El ejercicio profesional del ecólogo naturalista obliga a un contacto directo con la naturaleza, y no sólo, como algunos creen, para obtener «datos» como estímulos para la reflexión, esto es, para evitar que terminen midiendo las fluctuaciones de la tasa de natalidad de los ángeles, pongo por caso —y también obliga al contacto con sus usuarios más directos, los campesinos. Se está empezando a valorar lo que otros gremios, como el de antropólogos, tenían claro: el valor de esos saberes tradicionales.

Decía que el agua es tal vez el recurso natural que más injurias padece por parte de nuestra pretenciosa civilización tecnocientífica. En un precioso librito, Ivan Illich explicaba la profanación de este recurso***, ejemplificada en esa transmutación de los ritos antiguos en que el paso por el agua (el Leteo) era condición indispensable para el tránsito a la muerte, y el actual en que tan sólo se lleva ya nuestra más prosaica mierda. Como señala Illich, H₂O y «agua» no son la misma cosa. Distinción especialmente relevante en estos momentos en que el nuevo Plan Hidrológico español prevé trasvases de agua por un volumen 14 veces superior al del Tajo-Segura. Se profana lo que no se comprende. En este caso, el sacrilegio se perpetra al intentar enmendarle la

plana a la naturaleza con los imperfectos conocimientos que supone el ver en el discurrir natural del agua tan sólo H₂O embalsable y trasvasable.

Pero el agua (no el H₂O) tiene también discurrir secretos, crípticos y enmascarados, ciclos cortos y largos, rápidos y lentos, misterios que explican que en un talud aparezca una junquera y en una depresión un saladar. En la España semiárida de las mesetas en que el agua siempre fue un factor limitante para las culturas campesinas — como de forma más acusada entre los nómadas de los verdaderos desiertos—, estas sutiles percepciones, que no pueden entender los ingenieros que sólo ven hectómetros cúbicos, adquieren una relevancia especial por esa capacidad de discriminación.

La primera tarea para una recuperación e incorporación a nuestros códigos más vigentes, los de la ciencia, de esta cultura campesina es la de salvar su lenguaje. Y esa es la tarea que inició González Bernáldez con la recuperación de este vocabulario popular de los humedales. Desde hace más de un lustro, González Bernáldez fue compatibilizando sus otras tareas —incluida la de servir de generoso apoyo y de revalidación científica a la mayoría de las reivindicaciones ecologistas— con la recopilación parsimoniosa de los términos populares relacionados con las huellas del agua en el paisaje. Para ello destripó mapas antiguos y modernos y entresacó topónimos, interrogó a pastores, furtivos, campesinos y cazadores populares, revisó viejos relatos y textos de historia, exploró los manuscritos, los viejos manuales de geografía y los comentarios de antiguos naturalistas. Se carteo con cualquiera que pudiera ofrecerle —y ofrecernos— alguna «perla», algún maravilloso hallazgo.

Por otra parte, los humedales, es decir, los terrenos sometidos a una descarga difusa de agua, que no tienen por qué manifestar un flujo copioso de agua líquida, aunque sí sean inundables y la vegetación así lo denuncie, son probablemente los eco-

* R. Margalef, *La Biosfera, entre la termodinámica y el juego*; Omega, Barcelona 1980, pp. 13 y 14.

** La cursiva es mía.

*** Ivan Illich: *«H₂O a las aguas del olvido»*, Madrid, 1989.

sistemas que han sufrido más drásticas transformaciones recientes. Su mala fama de terrenos insalubres cuando el paludismo era un problema en la Península Ibérica, o su excesiva buena fama de terrenos valiosos agrícola­mente —expectativa infundada, asimismo, en la mayoría de los casos— han provocado su implacable desecación. Paradojicamente, ahora se cuentan entre las zonas más apreciadas por los naturalistas y el gran público, debido sobre todo a la frecuente presencia de las aves, la fauna más apreciada por conspicua o aparente. De hecho, un extenso humedal, Doñana, se ha convertido en «escaparate» ecológico de todo el Estado, y otros como el Delta del Ebro o la Albufera de Valencia son igualmente lugares emblemáticos del conservacionismo militante.

Aproximadamente el 75 por ciento de los humedales europeos han sido destruidos por dudosos criterios de «saneamiento» o por supuestos proyectos de «rentabilidad», y el porcentaje ha sido aún mayor en el Estado Español, donde con frecuencia eran los únicos «oasis» en entornos semiáridos. El póstumo intento de González Bernáldez era contribuir a preservar ese patrimonio natural —desapercibido para la tecnocracia hidráulica— a la par que el patrimonio cultural popular y tradicional que llevaba aparejado. Pero el libro en cuestión no es meramente, y esto ya sería suficiente, un vocabulario rescatado de ese «pensamiento salvaje», remedando a Levi-Strauss, sino un valioso alegato sobre la necesidad de esa recuperación y también un intento de codificar los saberes populares en lenguaje científico —el único que, por el momento, puede asegurar la pervivencia de esos conocimientos tradicionales.

En este último sentido, cobra importancia un capítulo esencial que el propio Margalef destaca en el prólogo: «Resulta particularmente sugerente y rica la sección en que agrupa los términos por tipos de ecosistemas y por los aspectos estructurales

y funcionales de los humedales». Y, en el primero, es particularmente astuto González Bernáldez al incluir voces no castellanas, sugiriendo el tesoro que queda por descubrir a los que deseen seguir este camino. A menudo, los nuevos barbarismos y tecnicismos no son sino una evidencia elocuente de desconocimiento; la eficacia y la precisión del lenguaje no son patrimonio de los «expertos» proclamados, sino de las culturas que necesitan de esa precisión precisamente porque se relacionan más fina y sutilmente con el entorno que las culturas tecnindustriales.

Hay además un tirón de orejas para los mismos naturalistas. Estos suelen tener una tendencia excesiva en olvidar el papel que los usos tradicionales tienen en el modelado de los ámbitos considerados naturales. Al menos en la vieja y vejada Europa —aunque tal vez no tanto en el Amazonas—, los paisajes que consideramos «naturales», incluso los marginales, como la alta montaña o las zonas húmedas, requieren para su comprensión incluir esas actividades humanas moduladas y adaptadas al entorno a través de seculares interacciones. El lenguaje de esas comunidades es la primera evidencia de esas relaciones. Esa terminología popular tan amplia como en desuso, está sometida a un proceso de extinción, de pérdida de diversidad, tan acusada, al menos, como la de los organismos vivos que pueblan esos mismos entornos.

Fernando no llegó a ver su libro editado. Tampoco llegó a ver los intentos de trasvasar 4.225 hectómetros cúbicos anuales de agua de las comunidades y zonas menos desarrolladas a las más despilfarradoras, en un proceso de aceleración del incremento de desigualdades entre unas y otras. Cada «norte» tiene dentro su propio «sur», y la lógica del intercambio desigual también es aplicable, muy especialmente, a un recurso tan valioso como crecientemente escaso. El agua del olvido, que no el H₂O.